do es el salto de la verdad, renacido José Mariano?— al borde de una vida española que *tiene que ser*, que llega con nosotros hasta aquí y se adormila en nuestra piel, pero se mantiene despierta y viva en el rumoroso aire callado.

El mar otra vez. Y otra vez como siempre nuevo. Y otra vez como siempre distinto. Y como siempre igual. Mar, mar sólo y solo. Con y sin acento. Solamente mar solo. Solo mar solamente. Y sus olas se hacen holas, un solo HOLA de presencia reencontrada, de jubiloso saludo.

Y ahora me voy al agua para darle sabor a esta palabra, para que esta palabra encuentre cielo, para quedarme de nuevo callado, rico de palabras posibles, con la palabra siempre en vilo que llevo dentro, que vive conmigo y que a veces necesita separarse de mí, para mutuo descanso. Vamos juntos al agua y juguemos, palabra, a los silencios. A esos silencios en que tú te revelas y podrías saltar al aire como una joya. Y yo —celoso de tu hermosura, rico de guardarte— me callo una vez más para no entregarte, para decirte a solas con nosotros.

Y que no me digan, palabra, poesía mía, palabra, que me escondo y te escondo. Lo importante en la vida, para lo que

hay que hacer —para hacer lo que dicen los que te usan como una moneda política— es precisamente hacer. Y no he dejado de hacer. Contigo, palabra, poesía mía, dentro y muy dentro, he tratado siempre de hacer lo que debía. Y no hice contigo poesía de guerra porque lo que había que hacer era la guerra. Y busco la paz —contigo dentro, poesía, palabra mía— con lo que hay que darle a los trabajos y los días. Y sé que soy limpio porque te guardo aquí, riqueza mía, palabra mía, poesía siempre conmigo, frente a todo, quemándote con todo, pero subiendo hasta ti misma, palabra, de ese fuego en que los dos nos damos. Y la vida —completa, sin otra limitación que la que ella misma se marca y nos obliga— se salva con nosotros, se queda con nosotros, palabra mía, en la poesía.

Vámonos, vámonos al agua de una vez, a refrescar la voz, a que te sienta cantar dentro del pecho, como el corazón vivo, desnuda tú, palabra, la mar tuya con el mar mío, los dos juntos, palabra, por el mar. Y que siga cantando por nosotros —mientras los dos callamos y dormimos— esta hermosa mañana.

Mocambo, Veracruz, julio de 1961

Noticias de Martín Adán y *La mano desasida*

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Tres extensos poemas celebran Machu-Picchu. El más difundido, el de Neruda, evoca al hombre que escaló las montañas, agobiado por su carga de ciclópeas piedras, para coronarlas con una imagen de sí mismo y de sus padecimientos. Avizora también la previsible resurrección de aquel esclavo en la libertad de un mundo justo. Otro —*Patria completa*, de Alberto Hidalgo— * canta el prodigio artístico como imperfectible expresión del alma peruana y lo propone como arquetipo de un destino a la medida de nuestros sueños. Un tercer amplio poema ha comenzado a ser conocido a través de fragmentarias publicaciones en diarios y revistas locales. Se titula *La mano desasida* y su autor es Martín Adán. Este cántico no postula la reversión cronológica de Hidalgo ni incluye la reclamación justiciera de Neruda. Endiosa al material que se le impone al poeta como alegoría de la eternidad, desde un contingente corazón humano. Si Neruda ve la obra como rastro de su multitudinario constructor, como huella de un pueblo aún vivo, e Hidalgo apela a la historia para fracturar lo que reputa una condenación casi física, Martín Adán se identifica con el monumento y con su misterio, con el mito que ya es, a fin, precisamente, de olvidar la monumentalidad y confundirse con el misterio.

Martín Adán (pseudónimo de Rafael de la Fuente Benavides) nació en Lima, en 1908. Desciende de una familia de la aristocracia y la gran burguesía, y como tal se educó para ser un jefe. Alcanzó el título de abogado, aunque antes de terminar sus estudios lo había ganado la vida bohemia y existía en un agresivo nihilismo. Desde su primer libro —una novela de corte ultraísta, *La casa de cartón* (1928)— su palabra poética e irónica zahirió el modo de vida, las convenciones, los ideales y el provincialismo de su clase. Manifestó en aquellas primeras páginas un conflicto vital, una dramática tensión entre su persona social y su persona íntima y espiritual. Es decir, entre su condición de hombre inscrito en una élite de escudo y propiedad que los tiempos críticos de la emergencia popular han comenzado a barrer —obligándola al fingimiento y a la más egoísta mercantilización— y su personalidad profunda, de individuo libre arraigado en su época y en la verdad que ésta contiene. No supo entonces elegir un camino.

En medio de un polo y otro, la soledad absorbió a Martín Adán, quien intentó quemar todo indicio de su verdadera existencia, la testimonial y abrasada de duda e incredulidad, la violenta y anárquica. Publicó, en 1930 y 1950, finas décimas (*La rosa de la espinela*) y oscuros sonetos (*Travesía de extrameres*). *La casa de cartón* lo había mostrado, al final de la adolescencia, dispuesto a volar en mil pedazos el mundo crepuscular y hechizo que heredara de los suyos. Luego, inmerso en sí mismo, parroquiano de tabernas y hoteles sin nombre, vacilante entre "la aventura y el orden", tuvo un largo período de silencio, silencio apenas interrumpido por delicados elogios a la flor abstracta y por metafóricas de mar y música. El Martín Adán lírico, angustiado, brillante, original, parecía extraviado en la bruma de las contradicciones y los años.

De pronto, tras la reedición de *La casa de cartón* (1959) en una colección popular, relato cuya frescura y belleza sedujeron a los jóvenes, el poeta comenzó a escribir *La mano desasida*, su canto a Machu-Picchu, lugar en donde pasara unos pocos días. No se trataba ya del juego de expresión y concepto de *Travesía a extrameres*, sino de un poema abierto, límpido, fluido, en el cual el monumento incaico y su sustancial piedra son asidero para la vuelta de Martín Adán a su propia realidad, a la realidad de su pueblo.

Para obrar semejante milagro, la arquitectura existe palpitante, no como *música congelada*, sino como espíritu macizo y vibrante. Ahí se conjuga Martín Adán con un poderoso rasgo del hombre y el país que su clase ignorara o negara por siglos. El *chalet* deleznable del balneario limeño de Barranco (la *casa de cartón* de su infancia) sucumbió hace tiempo, como sucumbió el similar conservador de los vocablos solemnes y con mayúscula, del régimen paternalista de los vacuos patricios, de la rígida moralidad —o moralina— que los burgueses suponían irremplazable, del orden, en suma, basado en privilegios del conquistador. *La mano desasida* es un poema a la piedra indígena, antropomorfizada, con alma, inmóvil y elocuente a la vez, con algo de ídolo y, además, con mucho de suprema libertad. Es un poema a la tierra, que sólo aparentemente es inerte, pero en la que está la clave gracias a la cual imperturbablemente se atraviesan las edades.

Si el verdor de la sociedad quechua pereció, la piedra de Machu-Picchu la convirtió en divina, sin tiempo. Machu-Picchu no fue creada para el transcurso de los reyes y sacerdotes que la habitaron, sino para la presencia transpencial y eterna de sus dioses. Distinta proyección que la de la tibia casa de Barranco, entre cuyas acartonadas paredes de caña y barro enlucidos, el poeta inició su revuelta contra la circunstancia que le tocó por su origen. Sin embargo, *La mano desasida* (mano que busca una realidad de la que cogerse, la piedra, la inmortalidad, Dios) no es una canción de alegría. Poseso, ahí, en aquel bastión de águilas, a la puerta de un cielo añil, dominando el valle por el cual desciende restallante el Urubamba, el poeta se mira y se desconsuela, clama y bendice, canta y reniega, blasfema y llama a la eternidad. A la postre se trata de un libro de oraciones a un poder inventado, introducido en las piedras, al cual los versos invocan y rechazan simultáneamente. Un dios, pues, en quien el orante no cree, pero que es el único, muertos los de la tradición y el linaje hispano, que advierte incólume y promisor en el cataclismo.

La aparición de *La mano desasida*, que anuncia para el próximo mes el sello de Juan Mejía Baca, permitirá el regusto de sus muchos hermosos versos, el nuevo recorrido por sus secretos laberintos, el descubrimiento de una mejor interpretación acerca de su último sentido. El poema es fruto de una ardua maduración, que resulta difícil abarcar, más aún si se intenta de prisa, en toda su intensidad, en toda su trascendencia. Habrá que volver a él.

Lima, agosto, 1960

* Alberto Hidalgo, *Patria completa*, Librería-Editorial Juan Mejía Baca. Lima, 1960.